

XXIV

Las *Hijas de la Salve* eran unas monjas que á fuerza de pedir limosnas y aceptar herencias consiguieron edificar un buen convento en las cercanías de Madrid, fuera de la puerta de Fuencarral. La piedad religiosa pareció acuñarse para sus manos: lo más elegante y rico de la Corte les otorgó su apoyo. No había por aquel tiempo mujer devota ni dama encopetada que dejara de visitarlas. Dos *hermanitas* venían diariamente á Madrid á recoger ofrendas, y como tenían la colecta admirablemente organizada por distritos y barrios, se presentaban en palacios y casas á hora conveniente. Sabían que tal señora no se levantaba hasta la una, que tal otra era más madrugadora; que para hablar á unas

era preciso ir á medio día, y que algunas no recibían hasta la tarde. La tartanilla en que hacían sus correrías se pasaba ante las casas de la grandeza y la alta banca, con regularidad admirable, en determinables fechas y á horas fijas: á poder hablar, el borriquillo que la arrastraba hubiera dado las señas de los domicilios de *lo mejor* de Madrid. También había casas donde un mayordomo, una doncella, y aun el portero, eran los encargados de entregar la limosna, sin que las recaudadoras se ofendieran ni dejaran de tomarla. Otra mina de donde sacaban gran provecho para adornar su casa y acrecer sus rentas—que eran casas y rentas del Señor—consistía en una hermandad educadora aneja al convento. Las *Hijas de la Salve*, previa autorización eclesiástica, habían hecho dos fundaciones que eran como ramas de un mismo y santo árbol: la primera un colegio establecido en el convento, y la segunda una asociación devota, calcada en la organización de ciertas cofradías, pero con perfección suma. La asociación llamada *Limosna de la luz* tenía por objeto reunir, mediante modestas cuotas mensuales, fondos para llevar diariamente, en nombre de los hermanos, deter-

minado número de velas de cera al templo donde se adoraba á la Santísima Virgen en cualquiera de sus advocaciones; pero como los asociados eran muchos y pocas las velas necesarias, al cabo de cada mes quedaba en caja un sobrante respetable, que se destinaba á misas por los hermanos difuntos, funciones de iglesia, novenas, actos de desagravios al Señor por las injurias de los impíos, ofrendas al Santo Padre y regalos á templos ó capillas pobres, que consistían algunas veces en objetos de metal para el culto ó donaciones para mejoras, pero que generalmente eran de ropas sagradas. En un principio la hermandad lo compraba todo; mas como las compras salían caras, la asociación estableció un pequeño obrador donde recibía á las jóvenes que, hallándose sin trabajo, querían coser á menor jornal que para tiendas ó particulares: el obrador, pequeño, bien dirigido y mejor administrado, trocóse pronto en taller grande, de modo que al año quedaron enlazados en sabroso nudo la piedad y el lucro, viniendo á ser aquello una santificación del trabajo.

Haciase allí toda clase de labores de aguja, desde lo más sencillo á lo más complicado y primoroso. Se bordaba en blanco, en se-

das de colores y en oro; el planchado era admirable; los roquetes, albas, paños de altar, sabanillas y almohadones para santos sepulcros, parecían obra de hadas; los ternos, casullas mangas y estandartes; eran verdaderos prodigios artísticos; y como antes ocurrió que solía quedar un remanente de velas, comenzó también á tener la casa en almacén más de lo que había menester para sus obsequios. No se había de tirar. La administración dispuso que pudiera venderse á bajo precio, con sólo cubrir gastos, y de esta suerte se apretó un poco más el lazo de la Religión y el comercio. Al mismo tiempo la hermandad *Limosna de la luz* pensó que su bienhechora influencia podía hacer algo mejor que poner velas en los altares, regalar casullas ó vender ropa barata para el culto: podía—¡oh admirable hallazgo! ¡oh inspiración divina!— regalar almas al Señor.

Hasta entonces no se había exigido á las obreras del taller sino buena conducta y legitimidad de origen—porque no eran dignas de trabajar para tan santo fin las ovejas descarriadas ni las hijas del pecado;— en adelante se las exigió someterse á ejercicios piadosos explicación de la doctrina cristiana y asisten-

cia á determinadas solemnidades en la capilla del convento. Un maestro de música formó un coro de primer orden, siendo cosa de oír--y todo el Madrid elegante se regocijó de ello--cómo cantaban salves y motetes por las tardes las infelices que pasaban trabajando todo el día. Algunas, á la larga, convencidas de la bondad de la continua predicación á que estaban sujetas voluntariamente, manifestaban deseos de entrar en las *Hijas de la Salve*: si su habilidad con la aguja podía ser agradable á los divinos ojos y beneficiosa al caudal común, se las admitía: en caso contrario, no faltaba medio de negarse, resultando que, á despecho de los errores humanos, como la casa contaba con la visible protección del cielo, todo era en ella prosperidad. Los jornales de las que trabajaban nunca subían; pero en cambio, ¡qué alegría cuando alguna renunciaba al mundo! Las señoras que protegían á las *Hijas de la Salve* solían pagar el no muy cuantioso dote necesario y el humilde equipo preciso. ¡Santa caridad que sustruía doncellas á la circulación del pecado, evitando que llegaran á ser madres de impíos! En vano fué que varios periódicos revolucionarios y descreídos dieran la voz de alarma.

El Madrid devoto estaba entusiasmado: las *Hijas de la Salve* y la *Limosna de la luz* hacían prodigios. Un día profesaba una rica educanda de pocos años, desengañada del mundo; otro, una hija de familia se negaba á ir á pasar el domingo con sus padres por adornar un altar; ya una señorita manifestaba decidido propósito de acogerse al claustro; ya una de aquellas pobres obreras pedía como favor supremo ser adoptada en cualquier concepto por las santas Madres, Hermanas, ó lo que fueran.

Hubo casos notables. La hija de un caballero, viudo y muy rico, á los ocho días de sacada del colegio por su padre, se escapó, volviendo á refugiarse bajo el techo sagrado, sin que el infeliz señor pudiera verla, porque ella misma le escribió, diciéndole que todo era inútil. Una señorita recién casada abandonó á su esposo al mes de la boda--con asombro de los materialistas--como herida por la nostalgia de la devoción y prefiriendo la poesía de la fe á las impurezas del tálamo. El padre se quedó sin hija y el Esposo sin mujer. Las *Hijas de la Salve* eran una institución incontrastable. ¡Qué autoridad civil ni judicial podía oponérseles? No; aquel santo asilo de almas

consagradas á Dios y á la propaganda piadosa, no debían nunca verse sujetas á miserables tributos, pesquisas de profanos malévolos ni vejaciones parecidas.

La Condesa de Astorguela era, según unos, desinteresada protectora de la noble asociación: según otros, no más que un agente, á quien las *Hijas de la Salve* buscaron, sabedoras de su prestigio cerca de ciertos elementos sociales, pagándola sus desvelos amén de otros beneficios, con otorgarla una gran autoridad en el que pudiera llamarse—sin ofensa—consejo administrativo de la asociación. Tal era la índole del piadoso instituto que ansiaba dilatar su pequeño reino en este mundo adquiriendo una parte de la propiedad que, lindante con el convento, tenía el padre de Paz Agreda.

La Condesa de Astorguela, deseosa de proteger á Tirso, ó acaso con ulteriores miras, hizo que las *Hijas de la Salve* le emplearan, confiándole en compañía de otros sacerdotes la misión de dirigir las prácticas piadosas y explicar la doctrina á las hermanas que forman la *Limosna de la luz*. ¿A quién podían elegirsino al ministro de Dios que recientemente dió en el púlpito tan brava muestra

de fervoroso celo? Tirso entró en seguida en funciones, inundándosele el alma de alegría ante el espectáculo de aquellas mujeres que, unas en continuo trabajo, otras en perpetua oración, tenían puesta la mirada en el cielo y la esperanza en Dios.

Durante algunas semanas, Paz y Pepe se vieron poco; la clausura del Parlamento hizo innecesarios al señor de Agreda los servicios del muchacho; mas sabiendo la niña que su padre hablaría en una de las sesiones próximas, esperaba la apertura de Cortes con mayor impaciencia que político de oficio; porque Don Luis tenía propósito de que Pepe buscara para él ciertos datos, lo cual significaba que el chico volvería á frecuentar la casa con la asiduidad de antes.

Llegó al fin la ocasión, y Pepe volvió á trabajar por las mañanas en el hotel de la Castellana.

.....

Era ya cerca de medio día. El balcón del cuarto de los libros estaba abierto, las persianas caídas, y el sol, penetrando por entre sus listones, formaba sobre la fina estera de junquillo un dibujo á rayas blancas y negras.

Las acacias del jardín proyectaban confusamente sus movibles sombras en los muros; el silencio y las hileras de volúmenes, colocados en los estantes como un ejército de ideas, parecían estímulos del trabajo: Pepe, bajo el pretexto de tomar apuntes, estaba preparando el discurso de Don Luis. Nada se oía: sólo el viento agitaba á veces el ramaje de los árboles vecinos, obligándolo á chocar contra las persianas: la luz intensa desparramaba su claridad hasta los rincones, y sobre el paño obscuro que cubría la mesa, las cuartillas, unas vírgenes de plumadas, otras ya escritas, atestiguaban de la laboriosidad de Pepe. El discurso de Don Luis prometía estar cuajado de datos interesantes y ser denunciador de graves contradicciones en el criterio y conducta de sus adversarios: el escribiente no podía dar al senador la elocuencia de que éste carecía; pero, al menos, iba á ponerle en disposición de causar efecto con la oportunidad de los recuerdos que despertase. Pepe había leído que Girardín fundaba su oratoria en la demostración de la versatilidad de los contrarios y, no pudiendo prestarle astucia ni facilidad de palabra, procuraba que Don Luis hiciese algo parecido. A fuerza de revolver "Dia-

rios de Sesiones, discursos y periódicos, iba reuniendo cuanto era aprovechable para que alardeara de memoria y oportunidad. Había instantes en que experimentaba tristeza mirándose convertido en agente de la notoriedad ajena; pero luego, considerando que así se hacía útil, quizá necesario, al dueño de la mujer amada, y que cuanto más le favoreciese más se acercaba á ella, redoblaba su actividad y hacía prodigios para aguzar el ingenio. Acaso un día D. Luis le apreciara, aunque fuera por egoísmo: él se sentía con fuerza bastante para fabricar la celebridad de aquel hombre á cambio....

De pronto se abrió la puerta del despacho y entró Paz vestida con un traje de batista blanca sembrado de florecitas azules, sujeto á la cintura por una ancha cinta de seda y ligeramente entreabierto el escote, sobre el cual llevaba una crucecita de oro, como guarda calocado á la entrada del Paraíso; la falda corta según costumbre, mostraba á cada movimiento sus bonitos pies, que aún hacían más perfectos á la vista los zapatos de labor delicada y las medias oscuras, que contrastaban con la blancura del traje.

—Papá ha almorzado solo, porque tenía

una cita, y no volverá hasta las tres:—dijo, tendiendo á Pepe la mano, que él retuvo un instante entre las suyas.

—Pues me voy.

—¡No! Ya me he cuidado de decir que tenías que venir al despacho.

—Me repugna esto de quererte á hurtadillas.

—A mí también; pero, ¿qué remedio! Está bueno lo que pasa! el riesgo es mío y el miedo tuyo.

—Si una imprudencia nos costara no volvernos á ver, ¿quién saldría perdiendo?

—Yo, que te quiero con toda mi alma—dijo Paz con la mayor viveza.

Callaron unos instantes: él tornó á cogerla la mano, por cima de la mesa, sintiendo un placer tranquilo y grato, como si el calor que se desprendía de su piel le llegase al alma sin pasar por el cuerpo, y luego se levantó, yendo á ponerse de pie á un lado del balcón, más cerca de ella.

—Nó, nó; anda á tu sitio.

—Déjame á tu lado un minuto.

—¡Cómo me gusta entrar aquí cuando estás trabajando... Me parece que ya eres mío. Los días que no vienes también suelo

entrar alguna vez, para fingirme que vivimos juntos... y estabas aquí... y queibas á volver en seguida.

—¿Qué lejos está eso!

—Mientras me quieras, no importa.

—¿Sabes, Paz, que parecemos tontos?

—¿Por qué?

—Sí: tú, tonta; yo, malo. Nos estamos haciendo ilusiones: esto no puede acabar bien.

—¿Te gusta otra más que yo?

—¿Y el tiempo? ¿Y tu padre?

—Ni mi padre, ni los años, podrán separarnos.

Eso es muy bonito y muy romántico; pero la realidad se nos echará encima, y ¡qué amarga!

Pepe le había rodeado la cintura con un brazo.

—Sí, ¿eh? quéjate ahora de la realidad—dijo ella, procurando desasirse.

—¿Te ofendes?

—Nó; pero... no está bien.

No estaba bien, pero lo toleró.

Sus rostros quedaron tan cercanos, que los rizos de Paz le rozaban á él la frente. La crucecita de oro que la niña lucía en el pecho temblaba con el movimiento de la respiración

y el viento suave, penetrando por entre los listones de las persianas, parecía empeñado en empujar los cabellos de Paz contra la cara de Pepe.

—Cuando te tengo así...la decía oprimiéndola el talle—creo que me quieres más, y daría la mitad de la vida por tener derecho á pasearte como estamos ahora, así, del brazo por las calles.

—A mí me gustaría más estar solitos, sin que nadie nos viera.

Se sentía languidecer, presa de una laxitud incontrastable, como flor envuelta en una atmósfera muy cálida: el brazo y el aliento de Pepe la abrasaban. Entonces él, sin prisa de ladrón, con verdadera calma de dueño, fué aproximando lentamente los labios hasta besarla cerca de la boca; y ella, en pago, sin voluntad ni fuerza para rechazarle, oprimió la varonil cabeza contra su pecho. No fué beso robado, sino consentido primero y agradecido luego.

Al apartarse, Paz le sujetó las manos y fijando en él los ojos, le dijo, ansiosa de leerle el pensamiento en la mirada:

—¿De verdad me quieres?

—¡Ojalá estuviera tan cierto de que llegaras á ser mía como lo estoy de mi cariño!

Ella se quitó entonces un anillo de oro que llevaba entre otras sortijas, y poniéndosele á Pepe, le dijo, con la leal franqueza de quien entrega el alma.

—¿Entiendes? Tuya para siempre.

Y él, sujetándola las manos, selló el desposorio con un beso más dulce que la mejor palabra. Después se separaron, sin más frases ni promesas, seguros del provenir, dejándose cada cual su albedrío cautivo en la voluntad del otro.

